

OPINIÓN

Más verde en la chequera

La factura energética ha vuelto a primera línea de la actualidad con las revueltas en los países árabes y el tsunami en Japón. El conflicto en Libia, que ha degenerado en una guerra civil, ha elevado el precio del petróleo y ha empujado al Gobierno español a aprobar un paquete de medidas de ahorro energético que contienen iniciativas como la reducción de la velocidad en las carreteras o el uso de sistemas de iluminación más eficientes. El temblor de tierra en Japón y el fallo de su sistema nuclear ha encendido de nuevo el debate en Europa sobre la excesiva dependencia de la energía atómica. Justo en el momento en que en España se decide el alargamiento de

la vida de las centrales nucleares existentes.

Inversores de capital riesgo y empresas tecnológicas, como Google, han invertido grandes cantidades en energías limpias

En la electricidad, de cada kilovatio consumido en los hogares españoles, aproximadamente la cuarta parte se produce con gas, una quinta parte con energía nuclear y alrededor del 16%, con el viento.

Las oportunidades del sector de las energías verdes van en dos direcciones. Por un lado, el beneficio generado por la reducción del calentamiento global, junto con la minimización de los riesgos generados por la nuclear. En segundo lugar, se encuentran las grandes posibilidades de desarrollar nuevas tecnologías y negocios.

En los últimos años, las energías verdes se han convertido en un vivero de nuevas iniciativas y emprendedores en todo el mundo. Inversores de capital riesgo y empresas de diferente tipología, como Google, han invertido grandes cantidades en empresas emergentes partidarias de energías limpias. El gigante tecnológico tiene en su sede de Mountain Valley uno de los mayores tejados solares de EEUU, con placas fotovoltaicas capaces de generar 1,6 megavatios. Paralelamente, la compañía ha invertido en desarrollos para medir el consumo energético de los hogares o para potenciar la generación eólica.

El desarrollo de las energías verdes ha propiciado en cierta manera una burbuja, como suele ocurrir con los sectores emergentes, pero ha demostrado que en 20 años el panorama habrá cambiado radicalmente en el mundo. Las energías limpias tendrán mayor presencia en la sociedad y también en nuestra cartera de inversiones. En España, la apuesta por el sector ha sido hasta ahora menos decidida. Tampoco los dos grandes partidos políticos, PP y PSOE, han logrado consensuar un mapa energético con un horizonte mínimo de 20 años. El debate nuclear sigue sin resolverse y las energías renovables se han ralentizado como consecuencia de la crisis. A pesar de la coyuntura y de la poca financiación, existen multitud de emprendedores y empresas trabajando en este sector y vendiendo su tecnología a otros países. También las empresas del automóvil están desarrollando prototipos de coches eléctricos que podrán circular por las carreteras españolas en unos años. Esperemos que el Gobierno, además de reducir la velocidad, ayude a crear un marco favorable a estas ideas.

Olga
GRAU

Redactora jefe de Economía



Si cada uno de nosotros tuviera cierta dosis de actitud emprendedora las cosas irían mucho mejor. Me refiero a esa actitud que permite desafiar el status quo del orden preestablecido y que hace posible convertir ideas en realidades asumiendo riesgos (económicos, sociales, personales, ...). Pero a veces, en lugar de admitir «me da pereza y/o miedo» es más cómodo caer en la tentación de escucharse en el «no he nacido emprendedor».

Existe un debate infinito acerca de si el emprendedor ¿nace o se hace? ¿Estamos predestinados? ¿O somos generadores de excusas profesionales? Seguramente no existe una respuesta absoluta a estas preguntas, pero en mi humilde opinión, creo que el emprendedor en parte nace, en parte se hace, pero sobretodo se convierte a medida que va emprendiendo proyectos a lo largo de la vida.

Cada uno nace con distintos talentos: algunos inteligencia, otros capacidad de trabajo, habilidad social o chutar bien el balón (lamentablemente nunca fue mi talento), distintos pero todos nacemos con talentos, por lo que estamos en una cierta igualdad de condiciones al nacer, pero también nos hacemos al ir descubriendo cuáles son estos talentos y los potenciamos.

En un sistema educativo ideal,

Génesis del emprendedor

Didac
LEE



En lugar de obligarnos a memorizar la lista de los reyes visigodos, se nos debería ayudar a identificar nuestros talentos innatos y a trabajar para potenciarlos. En vez de trabajar estos aspectos de nuestra personalidad, invertimos muchas horas en tareas reiterativas, poco creativas y basadas en estructuras anticuadas que ya no responden a las necesidades actuales.

Casualmente, cuando uno trabaja en sus talentos, es cuando se siente más realizado. Cuando uno logra convertir una afición o una pasión en un trabajo es cuando tie-

ne más posibilidades de tener éxito. Tampoco hay que olvidar que la educación que se recibe en casa es clave en la fase de cocción, que es donde se forjan los hábitos y valores de cada uno de nosotros. En la escuela o en la universidad aprenderemos técnicas y teorías sobre las ventas, gestión, marketing o liderazgo. Pero esa teoría tiene que interactuar con nuestra personalidad y nuestro aprendizaje previo.

Y finalmente, opino que sólo a medida que uno va emprendiendo sus proyectos, uno se va convirtiendo poco a poco en emprendedor. No nacemos sabiendo hablar en público o motivar a un equipo. Son los errores y las tortas las que nos curten con el tiempo, y la actitud positiva con la que afrontamos las caídas y aprendemos las lecciones lo que nos va convirtiendo. Esto lo tienen más claro los estadounidenses que los europeos, que siguen teniendo pavor al fracaso.

Como dice el deportista Michael Jordan, quizás sea culpa suya que al mirarlo pensemos que en hay personas predestinadas a ser estrellas de baloncesto, pero fueron la gran cantidad de horas de entrenamiento y de sacrificio las que lo convirtieron en el más grande de la historia.

Emprendedor

Innovación y emprendeduría son dos conceptos que están adquiriendo un creciente protagonismo en nuestro discurso económico, convencidos de que una economía capitalista sin emprendedores pierde su sentido, y una sociedad sin capacidad de innovación tarda poco en abrazar la decadencia. Y algo de todo ello nos viene sucediendo.

Pero no estoy convencido de la bondad de muchas iniciativas que pretenden favorecer el espíritu innovador y emprendedor. Tengo la sensación de que nos encontramos en una fase de ebullición exagerada y de emergencia, por todas partes, de iniciativas que tienen por pretendido objeto despertar vocaciones empresariales. Una dinámica que va acompañada de la creación de escuelas de negocios, o sucedáneos, por los cuatro costados. O de nuevas universidades que empujan su trayectoria creando departamentos de administración de empresas, que procuran imitar a las escuelas de negocios. Y la tendencia es a concederles un cierto monopolio en el fomento del espíritu innovador, como si se tratara de enseñar a interpretar un balance, o a diseñar un *business plan* cuando, en realidad, hablamos de conceptos muy distintos.

La innovación y la asunción de riesgo no son tanto un instrumen-

Curiosidad

Jordi
ALBERICH



to o una práctica como una actitud vital que acompaña a una persona a lo largo de toda su vida. Una actitud que tiende a aparecer, esencialmente, en el marco de una sociedad justa, meritocrática, aquella que procura garantizar una mínima igualdad de oportunidades. Y, para alcanzar este fin, el mejor mecanismo es ofrecer una buena educación a todos los ciudadanos.

Creo que la clave radica, precisamente, en un sistema educativo que fomente la curiosidad, el interés por lo desconocido, o por lo que, supuestamente, ni nos afec-

ta ni nos aporta nada. Desde el nivel preescolar al universitario. Por ello, me preocupa oír reiteradamente tantas cosas acerca de nuestras universidades, arguyendo que los alumnos abandonan las facultades sin conocimientos prácticos que implementar de inmediato tras su incorporación al mundo laboral. O cuando observo la manera como no pocas escuelas de negocios –no todas afortunadamente, pues alguna aún mantiene su vocación universitaria– forman a sus alumnos. Dudo de que sus procedimientos fomenten la innovación y la capacidad de emprender, pues más bien preparan piezas que encajan perfectamente en unos mecanismos ya previamente dispuestos. Difícilmente de las enseñanzas que reciben surgirá la capacidad de dudar, de cuestionar lo supuestamente cierto y, en consecuencia, de sentar las bases intelectuales que conducen a la innovación.

Después de años de observador, he ido comprobando como detrás de un emprendedor o un innovador se halla siempre una persona curiosa. Es decir, aquella persona que se siente atraída por lo que sucede en ámbitos que no son estrictamente el suyo. Decididamente, necesitamos personas curiosas.

Economista